

Hechos 2:1-21

Hechos 2:1-21 Pentecostés 1980

Llegamos hoy a una de las tres fiestas principales de la Iglesia cristiana, el Pentecostés. Después de la Navidad y la Pascua es quizás la fiesta mejor conocida de todos en el año cristiano. El día de Pentecostés es la fiesta del Espíritu Santo. Con razón la celebramos - sin el Espíritu Santo la Iglesia Cristiana no existiría, nosotros habríamos quedado en las tinieblas de la incredulidad, habríamos sido condenados. Por eso algunos hasta han llamado el Pentecostés el cumpleaños de la Iglesia cristiana. Ciertamente era un adelanto grande y esencial en la obra salvadora de Cristo el que hayan llegado a creer en Jesús más de tres mil personas en un solo día, una multiplicación tremenda en el número de feligreses en la joven iglesia.

El primer día de Pentecostés, entonces, es de enorme importancia para nuestra fe. Pero el fruto de Pentecostés no se terminó con el día. Sigue en vigor actualmente. Meditemos, entonces, en el tema: PENTECOSTES - ENTONCES Y AHORA. I El Espíritu Santo con su Iglesia - entonces y ahora. II Señales de su presencia - entonces y ahora. III La bendición de su obra - entonces y ahora.

En el día de Pentecostés, llegó el Espíritu Santo a su Iglesia. No es que no haya estado antes. Ninguno de los discípulos habría creído, como ningún santo del Antiguo Testamento habría llegado a la fe, si no hubiera operado en él el Espíritu Santo. Y no nos olvidemos que Jesús, la noche de su resurrección, al aparecer a sus discípulos, les había soplado y dicho: Recibid el Espíritu Santo. Sin embargo, es también cierto que Jesús había mandado a sus discípulos que "no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí."

Esta promesa del Padre era la de investirlos de poder desde lo alto, o sea, la venida con especial poder del Espíritu Santo para hacer su obra de dar testimonio a la Palabra de salvación.

Esto es lo que sucedió, entonces, en el día de Pentecostés. Pedro, explicando los sucesos de aquel día, dijo: "Esto", o sea, lo que ven, "es lo dicho por el profeta Joel: en los postreros días, dice

Dios, Derramaré de mi espíritu sobre toda carne". Esto es la venida del "Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre" el cual "os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho". Es la venida de Aquél quien al venir "convencerá al mundo de pecado, de justicia, y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me verás más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado".

Pero Jesús nos asegura que la venida del Espíritu Santo, con toda su actividad de convencer al mundo del pecado y consolar a los pecadores afligidos con el Evangelio no sería solamente para aquel día, ni para una época corta en la historia de la Iglesia.

Al contrario, nos dice: "Y rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre". De lo cual concluimos que el Espíritu Santo está con su Iglesia de ahora, con igual poder y gracia como en los días de los apóstoles. El Pentecostés de entonces, luego, sigue en vigor en la actualidad. Nosotros, al igual como los apóstoles, podemos estar seguros del auxilio y la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia de hoy.

Miremos, entonces, las señales de su presencia entonces y hoy. En el día de Pentecostés, el Espíritu dio cuatro señales de su presencia. El primero era el sonido, "un estruendo como de un viento recio que soplabá, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados". Lo recio del sonido simbolizaba el poder inmenso de Aquél cuya presencia anunciaba. El que haya sido sonido de un viento nos recuerda que Jesús ya había comparado la obra del Espíritu Santo con un viento: "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu". Aquí el sonido como de un viento recio, descendiendo del cielo y llenando una casa, tenía el propósito de atraer a la gente que quisiera ver tal acontecimiento tan extraño, y así obtener un público para la primera predicación pública del evangelio por Pedro.

La segunda señal era que aparecieron "lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos". Es el cumplimiento de las palabras de Juan el Bautista, hablando de Cristo: "El os bautizará con Espíritu Santo y con fuego". Esa cosa que parecía fuego se dividía, y se sentaba sobre cada uno de ellos. El Espíritu Santo llena a todo creyente, y le capacita

con algún don de gracia para participar en el cumplimiento de la misión de la Iglesia.

Al juntarse los espectadores, los discípulos comenzaron a hablar en lenguas. Esto no es lo que los pentecostales y carismáticos hacen ahora - sus eyaculaciones no tienen relación alguna con ninguna lengua o dialecto conocido en la tierra. En este caso, empero, notamos no solamente que las palabras de los apóstoles eran comprensibles - hablaban de las maravillas de Dios - sino que también se asombraron las personas que escuchaban, personas de todo el mundo entonces conocido, de que podían entender exactamente lo que los discípulos hablaban, partos, medos, elamitas, los de Mesopotamia, Judea, Capadocia, Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, Cirene, todos "les oímos hablar en nuestras lenguas". El milagro representaba el hecho de que, después de que la rebelión del hombre en Babel había separado a los hombres en diferentes pueblos y naciones, según sus lenguas y dialectos, ahora el Espíritu Santo empezaría su nueva obra de hacer un pueblo "de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas" (Apoc. 7:9). Y nosotros somos testigos de la eficacia de esta obra, adorando al mismo Dios y su Cristo, miembros del mismo pueblo de Dios, en lenguas que ni existían todavía en el tiempo de los apóstoles. Pero quizás la señal más importante de aquel día por su actualidad es la valentía que demostró Pedro en predicar tan poderosamente su mensaje de arrepentimiento y perdón de pecados en el nombre de Jesús.

No vemos ya al Pedro tímido que negó a su Señor. Dará testimonio, no importa las consecuencias personales. Va a hablar la verdad, aunque los oyentes se ofendan y se enojen, porque es la única esperanza de salvación para todos los hombres. Este cambio tan radical en la personalidad de Pedro es una señal convincente de la presencia del Espíritu Santo.

Y el Espíritu Santo no se ha dejado sin muestras de su presencia y actividad ahora tampoco. Ha permitido el uso continuo en su Iglesia de los medios de gracia; el Santo Bautismo, por el cual innumerables niños nacen de nuevo de agua y del Espíritu, y la Santa Cena, por la cual nos fortalece en la fe, refrescándonos con la seguridad de la vida eterna mediante el cuerpo y la sangre del Señor que recibimos.

Tenemos el testimonio de multitudes de creyentes en Cristo Jesús, testimonios activos y vivos de que el Espíritu Santo sigue "llamando por el Evangelio, iluminando con sus dones,

santificando y guardando en la verdadera fe" a su Iglesia. Vemos el fruto de la presencia y actividad del Espíritu Santo en incontables individuos - en sus obras de amor, en su paciencia en la aflicción, su mansedumbre, templanza y otros dones del Espíritu Santo. Y, como en el caso de Pedro, vemos aún la constancia y valentía, en la faz de la persecución y la muerte, del testimonio de muchos cristianos, en donde se ha declarado que, como en días de la Iglesia primitiva, el cristianismo es un crimen contra el gobierno. Señales menos espectaculares, quizás, que las que aparecieron en el primer día de Pentecostés, pero no menos genuinas y convincentes para los ojos de la fe.

Y, finalmente, hemos de notar que la bendición de la obra del Espíritu Santo no ha cambiado tampoco desde el primer día de Pentecostés hasta hoy. Esta bendición se resume en las últimas palabras del texto que Pedro escogió para ese día tan portentoso:

"Y todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo". Pablo cita el mismo versículo en su Epístola a los Romanos. Y luego añade: "¿Cómo pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?" Invocar el nombre del Señor es ir a él por toda ayuda, por perdón y salvación, pidiéndoselo en oración. Y sólo la persona que cree que él es en verdad su fuente de todo bien puede hacerlo.

Y allí es donde entra la obra del Espíritu Santo. "Nadie puede llamar a Jesús Señor sino por el Espíritu Santo". Nadie reconocerá a Jesús como Jehová, el Señor, el fiel Dios-Salvador, a menos que el Espíritu Santo obre tal fe en su corazón.

Después de ser convictos de sus pecados, Pedro señala la fe en Cristo, ese don del Espíritu Santo, como el único remedio, la única fuente de perdón y vida. "Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: varones hermanos, - ¿Qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentios, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo". Así, invocando el nombre del Señor, serian salvos.

Esto también sigue hasta ahora, y seguirá hasta el fin del tiempo. Los postreros días, en los cuales todo el que invocare el nombre del Señor será salvo, incluyen todo el tiempo entre el día de Pentecostés hasta que venga el día del Señor, grande y manifiesto, cuando Dios dará prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra, cuando el sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre - o sea, hasta el día final, el día del juicio.

El Espíritu Santo sigue llamando a las personas a arrepentirse de sus pecados, mirar con fe a Jesús, el que abolió nuestros pecados con su muerte en la cruz, y así ser salvos.

Qué nuestra oración, entonces, en este aniversario de Pentecostés sea: "Ven, Espíritu Santo, Aviva esta fe en mi corazón. Dame tu don, para invocar a Cristo, mi Salvador, para que yo sea salvo.

Amén